

oficios que se habían formado. El arya-indio era hombre activo. Cuidaba sus rebaños de carneros y cabras, sus manadas de bueyes y vacas ó de búfalos que constituían su riqueza; cultivaba sus campos procurando sacar la mayor cantidad posible de producto según la clase y situación del terreno; usaba el arado y otros aperos y sembraba cereales, en particular cebada. Atribuían á los divinos gemelos Aşvin la introducción del cultivo de la tierra.

No dan detalles del arado los antiguos himnos, y los pormenores que se encuentran en ellos del cultivo de la tierra son como los siguientes: «El buey, cediendo á la ijada del hombre, marcha enganchado con los arreos á la vara del arado.» «Tras el arado va el sembrador que confía las semillas á la tierra.» «Cuando Púshan y Savitar bendicen los sembrados y apartan los peligros, y cuando llueve á su tiempo se regocija el campo de espigas, y éstas se inclinan pesadas hacia la hoz cuando están maduras.» «Los haces son trillados en la era, como Indra bate á sus adversarios.» «Como el labrador zarandea y limpia los granos separándolos de la paja, así el sabio expurga sus discursos.» El grano limpio era medido antes de guardarlo en montones, pero no se sabe qué clase de cereales cultivaban, porque la voz *yava* significa en general, cereal y en particular, cebada, y los himnos dicen que este grano solo ó en combinación con otros servía para preparar una bebida fermentada llamada *sur*. El arroz fué introducido probablemente en época posterior, en el Mediodía y Este de la India, porque en los himnos más antiguos no figura.

Practicaban la caza, pero no por necesidad, sino como recreo, como utilidad secundaria y como defensa, pues los lobos penetraban en los apriscos y degollaban carneros, terneras y hasta atacaban á las personas. Otras fieras, el oso, la hiena y hasta leones, eran cogidas con lazos y trampas. En la caza del jabalí era buen auxiliar el perro, que se colgaba de la oreja de la fiera. El búfalo, el antílope y la gacela eran cazados con arco y flecha, y los cazadores, según se ve por un himno, conocían el reclamo del macho de la gacela. Sólo dos himnos mencionan el elefante «que devora los bosques»; pero al parecer todavía no era objeto de caza este enorme paquidermo. Las aves se cazaban con flecha, lazos y redes.

El exterminio de las fieras mayores exigía batidas generales y la cooperación de muchos

hombres, ni más ni menos que cuando se trataba de rechazar á tribus enemigas ó invadir su territorio en busca de botín. En estas ocasiones, como en las grandes reuniones del pueblo para tomar resoluciones de interés común ó solemnizar algún suceso, correspondía á las mujeres, como en todos los pueblos sedentarios, el gobierno de la casa, del ganado y del campo, excepto en el caso raro de que toda la tribu se trasladara á otra comarca. No puede haber pueblo sedentario sin la existencia de la familia, de la cual es inseparable la obligación del hombre de protegerla, y así lo habían comprendido los indios aryas, conforme lo demuestran muchos himnos que señalan los grados de parentesco y autoridad más principales, las atribuciones y deberes inherentes á cada uno y las ocupaciones usuales de las mujeres. La madre (*má:tr*) y esposa era al lado del padre señora (*patni*) en la casa; y la hija (*duhitar*) y la hermana (*svastar*) obedecían á su madre, padre y hermano. Las mujeres no guardaban los ganados, porque el oficio de pastor era en aquella época peligroso y requería valor y fuerza, por cuya razón corría á cargo de los varones, el padre y los hijos. Pero las mujeres les ayudaban hasta donde podían: á ellas incumbía el trabajo de ordeñar y llamaban á este fin las vacas con los nombres que les daban, como la *pintada*, la *negra*, la *roja*, etc. Ellas cuidaban el ganado en casa; proveían los pesebres de hierba fresca; separaban la nata y hacían manteca; aventaban el trigo, lo tostaban y trituraban entre dos piedras ó muelas; preparaban la comida; criaban y educaban á los niños, hilaban y tejían. En fin, la mujer arya-india era en aquella remotísima época á que se refieren los himnos más antiguos de los Vedas, la que hacía al hombre amar su casa. En algunos himnos se dice que las mujeres limpian el huerto de orugas y recogen la fruta de los árboles. Un himno compara á Ushas, la aurora, con la mujer hacendosa, diligente y alegre que todos los días cumple puntualmente su obligación, y otro himno compara también con la aurora á la mujer fiel, adorno de su casa y solícita compañera de su esposo.

La base de la alimentación era la leche de vaca: «El establo de vacas—dice un himno—es el que mantiene la sociedad humana.» En segundo lugar figuraban los cereales, y quizás también legumbres secas, como habichuelas y una especie de lentejas, luego varias verduras, frutas y otros comestibles. La carne era un plato raro re-

servado para ocasiones extraordinarias; pero en los demás manjares había bastante variedad. La provisión de leche se guardaba en jarras «anchas y hondas» y se servía en escudillas, ya tal como venía de la vaca, ya cocida, agriada natural ó artificialmente, ya cuajada, que se ofrecía también á los dioses, como la nata y la manteca fresca, ó derretida al fuego. Se comían sopas de leche espesada con harina ó con granos de cebada reducida á una especie de sémola. Antiguísimos himnos mencionan este manjar como favorito de los dioses, especialmente de Púshan, que por esto era llamado comedor de gachas. También se hacían estas con leche y sésamo. Del mismo modo eran las mujeres las que hacían el pan y las tortas de harina con manteca, que figuraban igualmente en los sacrificios; pues el hombre ofrece siempre á los dioses lo que á él más le gusta. Hemos dicho que en ocasiones excepcionales figuraban también en la alimentación del indio-arya la carne asada y la cocida, y todo esto supone la existencia de muchos útiles de cocina.

Las comidas eran probablemente tres, como los sacrificios diarios ofrecidos en la familia á Agni y á las demás divinidades más populares. Un himno habla de la satisfacción de la «esposa y madre» cuando ve á los miembros de la familia y á los huéspedes alrededor de la comida, semejantes «á una cadena de montañas». Las mujeres preparaban las provisiones de boca que habían de llevar los hombres cuando salían para una ocupación pacífica ó para una expedición guerrera, sin olvidar una bota de piel de vaca llena de alguna bebida, generalmente leche agria. Según se desprende de un himno, la madre guardaba lo mejor del plato para el hijo querido cuando llegaba por la noche de su trabajo.

Si las mujeres trabajaban también gustaban de adornarse, y uno de los himnos más antiguos habla de dioses que parecen mujeres hermosamente ataviadas, y otros, en particular los Marut, que para sus expediciones se adornaban como las mujeres. Una escultura de época anterior nos presenta mujeres (aunque al parecer de otra raza distinta de la arya), que á pesar de ir casi completamente desnudas llevan collares y la cabeza soberbiamente adornada. La piel que al principio era el único abrigo de los aryas, había sido transformada ya, en la época de que hablan los Vedas, en capa ó manta adornada. Los dioses y genios de la tempestad llevaban,

según los himnos, ajorcas en la parte superior de los brazos y en las gargantas de los pies. Esculturas posteriores los representan de este modo y con adornos brillantes de metal en el pecho y una piel de antílope sobre los hombros. Describen también á Indra vestido de lana de color: «Para él se prepara—dice un himno—una vestimenta magnífica.» «La noche y la aurora—dice otro himno—tejen á su hijo, el dios Sol, su ropaje.»

Para filtrar el mosto de la *soma* servíanse de un tejido de lana, y se fabricaban esteras «de junco partido con cuchillos de piedra», como se lee en los Atarvavedas. Las esteras de junco y las mantas de lana eran obra de las mujeres, que las trenzaban á mano. Luego inventaron un telar primitivo y las tejían. Como para tejer hubieron de inventar antes el arte de hilar á fin de tener hilos continuos, se encuentran efectivamente en los himnos expresiones que se refieren á las operaciones de hilar y tejer, si bien estos himnos pertenecen ya á la última época de los Vedas. Estos hablan de agujas que no se rompen, y de un «doble cuchillo», con lo cual designan probablemente una especie de tijeras rudimentarias.

Respecto de las prendas de vestir, dan pocos datos los himnos antiguos, porque si bien hablan del dios Varuna que ostenta un manto de oro, y de otro manto rojizo que lleva Savitar, y los himnos posteriores tratan en sentido místico del manto que lleva la divinidad Soma y que llega hasta el cielo, sólo citan en cuanto á las personas, una prenda, llamada *atka*, con que se cubren las mujeres, y otra, llamada *adhivasa*, que se llevaba encima, las cuales probablemente no eran más que simples mantos, porque en escritos y esculturas posteriores no llevan las mujeres más que un delantal ó faja llamada *nivi*. En una escultura de Sanchi aparecen las mujeres algo más vestidas, y algunas ricamente adornadas con multitud de ajorcas, collares, aretes con perlas y piedras finas, cabellera rizada y trenzas, una diadema ó corona, placa en el pecho, y un broche que reúne sobre un hombro el manto, dejando libres un brazo y el pecho correspondiente. Collares y otros adornos parecen hechos de cuentas redondas ó de perlas, y muchos van guarnecidos de piezas de forma muy variada que podrían tomarse por amuletos. Se arreglaban la cabellera con mucho cuidado y presunción, tren-

zada y dispuesta en forma de concha, y en un himno de los Vedas, se celebra á la esposa de Indra llevando bucles. Otras divinidades son descritas con la cabellera suelta ó dispuesta en bucles, como al parecer la usaban las solteras, mientras las casadas, á juzgar por las esculturas religiosas, llevaban atado á la cabeza un pañuelo ó tira de tela en forma de turbante. La disposición de los cabellos, comparada en los himnos con una concha llamada *kaparda*, era la que, según los himnos antiguos, usaban los dioses Púshan, Rudra y otros, y después Siva y su esposa Durgá, la diosa del destino; tal vez por esto era llamado Siva también *Kapardin*.

Los Vedas nos dicen que ya en los tiempos más remotos de que se han conservado poesías ó himnos, las madres engalanaban á sus hijas para que luciesen en las fiestas, juegos y danzas adonde acudían los jóvenes con sus mejores atavíos «como otros tantos Marut». Les ungían cuerpo y cabellos con aceites olorosos, les ponían un ropaje de colores brillantes, anillos y otros adornos relucientes y hasta de oro, porque en estas ocasiones era cuando las doncellas, con el auxilio del dios Aryaman y de los gemelos Açvin, encontraban partido para casarse. Durante estas fiestas mostraban sus gracias en la danza campestre, al son de los timbales y de la zampoña pastoril, porque era considerado como una desgracia quedar soltera. En los tiempos posteriores á que se refieren los escritos védicos, los indios aryas empleaban fórmulas mágicas y hechizos, ya para inflamar el amor en los corazones fríos y rebeldes, ya para librarse de rivales ó calmar los celos del amante. Entonces, como ahora, sabían encontrarse los amantes: «Como el mosto de la soma pasa por cien mallas del filtro; como el jugador apasionado sabe acudir sigilosamente adonde puede dedicarse á su vicio, así saben acudir los amantes al lugar de la cita convenida. A despecho de la vigilancia de padre y hermano, el joven amante logra penetrar de noche en la casa y en el desván de su amada que le aguarda.» Este y otros pasajes como el referente á Soma que va á ver á Indra, «de rebozo, como quien va á ver mujeres», prueban que el recato de las mujeres solteras y casadas era con frecuencia sólo aparente. Puede también admitirse que no faltaban meretrices. Un pasaje de un himno alude á partos ocultos y á mujeres que hacen desaparecer el fruto de su amor ó trato ilegal. La poliandria

no existía, pero existió la poligamia, que muy lentamente fué desapareciendo. Del dios Indra, dice un himno que vivía entre «sus mujeres»; otro, hablando de un espíritu malo llamado Cuyava, dice que «sus dos esposas se bañaban en leche»; un poeta se queja de dolor de costado que le molesta como «las concubinas». Las uniones entre hermanos eran abominadas como incestuosas. La religión de Mitra y Varuna condenaba á los que abusaban de doncellas desamparadas y á «las malas esposas infieles que odian y hacen traición á sus maridos». Un poeta de los Vedas ensalza en un himno al hijo que busca una esposa para conservar la casa paterna y para no dejar extinguir su familia.

Antes que el brahmanismo llegara á ser sistema religioso y todo lo clasificase en fórmulas y ceremonias enjutas y osificadas, mezclando frases y estrofas insulsas con los antiguos himnos, no dejaban de observarse usos y ceremonias consagradas por una larga tradición, desde que un arya-indio solicitaba la mano de una joven hasta que quedaba ésta instalada como esposa y dueña en la casa de su pretendiente. Véase cómo se explican sobre este punto el *Rig-Veda* y el *Atarva-Veda* en algunos de sus capítulos.

El pretendiente enviaba algunos amigos con su solicitud y las bendiciones de su familia al padre, hermano, ó, á falta de éstos, á los parientes más próximos de la joven para pedirle en matrimonio. La petición, la recepción y la contestación, iban revestidas de solemnidad y ajustadas á antiguos usos. Se exponían los méritos y la riqueza de ambas familias; se discutía en presencia de la familia lo que cada parte aportaba al matrimonio, y cuando todo estaba arreglado (según en la mayor parte de los casos estaba previsto de antemano), los jefes de la familia de la joven daban su consentimiento y se fijaba el día de la boda. Los enviados repartían los regalos que habían llevado y recibían en cambio otros, y después de ser obsequiados regresaban con la contestación á la casa de su amigo.

El día fijado para la boda, el novio, bien compuesto y engalanado con sus mejores prendas y acompañado de sus padres, parientes y amigos, especialmente de los comisionados coronados de flores, iba á la casa de la novia, la cual aguardaba con toda su familia, parientes y amigas, todos ostentando sus mejores atavíos, comitiva en cuyo honor estaba ya preparado e

banquete de familia. Para este acto se solía sacrificar un buey y la casa estaba muy adornada. Después de los saludos mutuos, el novio presentaba á los padres de la novia y á ella misma, que estaba cubierta con un velo y coronada de una diadema, los regalos estipulados, y después se obsequiaba á los de la comitiva con frutas, hasta que llegara la hora del banquete. Cumplidas todas estas ceremonias, procedíase al casamiento, que se hacía delante del alegre fuego del hogar, en el cual se creía invisiblemente presente al dios Agni. El padre de la novia, ó el pariente que hacía sus veces, ponía la mano derecha de la joven en la del novio, que decía al tomar la mano: «Tomo tu mano para mi felicidad, ya que Bhaga, Aryaman, Savitar, Purandhi, ó sea la abundancia, y los dioses (en general) me conceden tu persona para que gobiernes mi casa y alcances en mi compañía la edad proveyecta.» Esta era la fórmula más antigua de casamiento, pues así se encuentra en el himno de Súryá. Según el *Gria-sutra*, el padre de la novia, al juntar su mano con la de su esposo, pronunciaba tres veces los nombres de los dos, y los de sus padres, abuelos y bisabuelos. Hay quien dice que los casamientos en la India se hacían en otra época uniendo las manos de los nuevos esposos y ligándolas juntas con una hierba gramínea llamada *kusa*. En fin, pronunciada la fórmula, el recién casado conducía á su mujer dando siete pasos hacia una piedra colocada de intento en el suelo y á la cual debía tocar con la punta del pie; y en seguida daba con la esposa tres vueltas alrededor del hogar. Con esto quedaba definitiva é indisolublemente realzado el matrimonio y seguían las felicitaciones y festejos de costumbre. Antes de esta última parte de la boda se efectuaba la ceremonia de despedirse la joven casada de su familia y de la casa paterna. El padre, y en su defecto el hermano, hasta entonces dueño de la joven, la desligaba solemnemente de su sumisión y obediencia diciendo: «Conforme al orden establecido te paso intacta, acompañada de tu esposo, á una nueva existencia. Aquí te desligo, pero te dejo sólidamente ligada allí adonde vas, y que el bondadoso Indra os haga ricos en hijos, y prósperos.» Hecha la despedida, el marido colocaba á su esposa en un carro preparado al efecto, ricamente adornado con elevado y mullido asiento, y tirado por dos bueyes, que prefería fuesen blancos. Delante de la comitiva iban los que

llevaban un tizón encendido del hogar paterno de la novia, para que el dios del hogar, Agni, acompañara á los recién casados en la nueva casa y hogar donde habían de vivir. Los parientes, amigos y vecinos les felicitaban diciendo: «Púshan te guíe; los gemelos Açvin dirijan el carro que te conduce á la casa de tu marido y te establezcan en ella como dueña.» Al llegar á la casa paterna del marido se repiten las felicitaciones deseando fortuna, numerosa familia y larga vida á la novia. El marido la bajaba del carro, y la joven, entre continuas bendiciones, consejos y felicitaciones, entraba en la casa, donde se celebraban las solemnidades ya descritas y quedaba declarada señora del hogar.

En la literatura sagrada posterior del pueblo indio-arya, se mencionan, reglamentan é imponen ceremonias que han de observarse después de la boda y que tienen su correspondencia en otros pueblos de origen arya. Algunas de estas ceremonias datan seguramente de la época primitiva, cuando estos pueblos vivían todavía en Asia. Otras se introdujeron en las costumbres de estos pueblos, separados ya unos de otros, en el transcurso del tiempo. Uno de los usos más antiguos era cortar la cabellera de la recién casada ó solamente recogerla con una venda ó cubrirla y ocultarla debajo de un pañuelo, gorra, turbante, velo ó papalina á la mañana siguiente de la noche de novios. Otros usos, como el *trinoccio* ó abstención de todo contacto carnal durante las tres primeras noches que siguen á la boda, y otros, que con el tiempo se hicieron de rigor bajo la dirección de los sacerdotes brahmanes, fueron invenciones posteriores. Pero ni de éstos, ni de las primeras, se encuentra la menor indicación en los himnos más antiguos de los Vedas, que se limitan á recomendar la inviolabilidad del lazo matrimonial, la fidelidad, la concordia y el trato cariñoso de los esposos; todo con la tendencia manifiesta de asegurar á la mujer casada una existencia digna y la correspondiente autoridad, bajo la superior de su esposo, sobre la familia y la casa. A medida que prevaleció la religión especial brahmánica, fué perdiendo la mujer casada su posición elevada, tanto, que en una poesía relativamente moderna de los Vedas, dice Indrani á su esposo Indra: «En otro tiempo la casada tomaba parte con su marido en los sacrificios y en las fiestas y era considerada como esposa de héroe y conservadora de las tradiciones sagradas.» Pe c

no obstante esta queja, cada estrofa de la poesía termina con el estribillo: «Sobre todo está Indra.»

En la época remota de que aquí tratamos, la mujer casada, como ya hemos dicho, era señora en su casa bajo el mando superior del esposo, cuya voluntad acataba sumisa y obediente: así lo proclaman los himnos más antiguos, al mismo tiempo que recomiendan y ensalzan la concordia entre los esposos. Uno de estos himnos que la tradición india atribuye al mismo Manu, el fundador del pueblo arya-indio, y que instituyó el sacrificio con el culto de lo divino, define admirablemente la posición de la mujer casada en aquella época poco más ó menos en estos términos: «Los esposos, animados de sentimientos idénticos, lavan, amasan y presan la soma; prosperan y sus despensas se llenan. Juntos y unidos se acercan al sitio que ocupan los dioses; no escatiman sus ofrendas porque nunca miran con menosprecio la protección divina, y adquieren consideración y fama. Ricos en hijos é hijas alcanzan edad provechosa sin desmerecer jamás. De su abundancia dedican ricas ofrendas al genio protector de la casa y veneración á las divinidades.»

La abundancia de hijos era considerada como una riqueza principal, y otra la abundancia de ganado, pues como pastores y agricultores pedían á Indra y Varuna hijos y nietos, ganado, campos, sembrados prósperos y fuerzas viriles. La falta de estos elementos constituía la pobreza, y ésta era un deshonor ó poco menos en aquella época en que bastaban la fuerza corporal y la actividad para obtener una posición desahogada y llegar á gran consideración.

Andando el tiempo, cuando se había formado ya el sacerdocio como casta privilegiada y poderosa, fué aún más despreciada la condición de pobre, porque no permitía hacer sacrificios grandes ni retribuir á los sacerdotes y cantores como éstos deseaban. Los autores de antiguos himnos imploran á Agni principalmente, genio protector de la casa del indio-arya, llamado también entre otros muchos nombres Itaveda, «el conocedor de los corazones», para que les conceda hijos y les preserve del aniquilamiento, es decir, que les dé inmortalidad en este mundo por medio de descendientes directos que perpetúen la familia. Por esto las casadas hacían abundantes ofrendas á las divinidades femeninas, en parti-

cular á Sinivali, la hermana de los dioses, «la de las anchas trenzas, genio de la fecundidad», para que les concediera sucesión; sobre todo masculina. Esto obedecía á que las hembras, si no eran admitidas por su padre, al poco tiempo de haber nacido eran «suprimidas», ó se las exponía para ser devoradas por la feras, como lo indican claramente pasajes de los Vedas. Otros pasajes de época relativamente moderna, califican á las hijas de «plagas». Por esto era un gran suceso, saludado con himnos y oraciones de gracias por los padres, el nacimiento de un hijo varón, y muchos himnos de un famoso poeta llamado Visvamitra solicitan al fin de cada estrofa á manera de estribillo, «un hijo, vá tigo propio, que perpetúe la familia». El destete, el primer diente del niño, el tenerse en pie, el andar, y el estreno de ciertas prendas, eran otros tantos motivos de sacrificios á la divinidad y de fiestas de familia, fiestas que fueron reglamentadas más adelante é impuestas como ritos obligatorios con todos sus pormenores minuciosos.

Nada dicen los escritos antiguos sobre la educación de los hijos, ni la relación y trato entre ellos y sus progenitores. Respecto del cariño paterno y filial encontramos en los antiguos himnos los pasajes siguientes: «Agni oculto— dice un poeta— se muestra al encenderse la lumbre resplandeciente á todo el mundo, como la madre feliz enseña el niño que tiene en sus brazos.» Otro cantor desea «que los dioses admitan cariñosos los cánticos dedicados á ellos como la madre abraza al hijo de sus entrañas», ó, según dice otro himno, «como el padre toma á su hijo en sus brazos». Otro poeta quiere con sus dulces cantos abrazarse con Indra «como un hijo se agarra al ropaje de su padre»; y otro invita al mismo dios á participar de su comida «como los hijos invitan á su padre á una comida suculenta». Los padres, según se desprende de un himno, castigan, pero también perdonan. Un poeta dice que en su oración se inclina ante el dios Rudra «como el hijo muestra su respeto cuando ve venir á su padre». El hecho de que no faltaban también hijos malos, se infiere de un himno en el cual ensalza el poeta al dios Soma, diciendo de él «que da al hombre la vaca lechera, el caballo veloz y el hijo valiente, apto y hábil en los trabajos, que procura el provecho de la casa, discreto en la asamblea y en el consejo, honor y gloria de su padre. Estos hijos da

Soma á aquellos que le veneran». Pasando años llénase la casa de hijos, «semejantes—dice un himno—á los potritos y terneros juguetones del establo». Luego se van casando las hijas; los hijos llegan á su vez á ser padres, y éstos se hacen caducos. El padre cede los cuidados y deberes de dueño de la casa al «hijo mayor», y la madre los suyos á la nuera; y por fin llega la muerte.

La costumbre de muchos pueblos salvajes de matar ó abandonar á los viejos decrepitos, costumbre practicada por antiguas tribus germánicas, parece que existió también entre los primitivos aryas-indios, según se infiere de varios pasajes del *Atarva-Veda*. No por esto dejaban los aryas-indios de desearse una larga existencia y pedir «cien años de vida—dice un himno— para ver á nuesros hijos padres, y vivir todo el tiempo fijado por la naturaleza hasta que Nirriti, el genio de la muerte, «consume su vejez». Esto revela, que aquella antigua costumbre de matar á los viejos inútiles no estaba ya en uso en la época remota de que tratamos, lo cual se deduce también de un himno de Kutsa, dirigido á la divinidad Rudra, en que el poeta le pide protección para todos los individuos de su familia, los grandes y los pequeños, el padre y la madre, y solicita para ellos larga vida lo mismo que para sí propio.

Respecto del arte de curar entre los arya-indios, el dios Rudra era considerado como el mejor de los médicos de personas y de irracionales, según dice un himno, quizás porque los hombres habían observado que las tempestades, del que Rudra era la personificación, purificaban la atmósfera, se llevaban los miasmas de los pantanos y mataban los gérmenes de las enfermedades contagiosas. Para ellos no era esto efecto físico de las tormentas sino resultado de la bondad y fuerza de Rudra, que como dios expulsaba las enfermedades y padecimientos enviados á los hombres por otras divinidades, á cuyo enojo é ira se atribuían todos los males y plagas que afligen á la humanidad. Por esto en las colecciones más antiguas de himnos figura la consunción como un genio perverso, al cual, el hombre pecador se introduce bajo diferentes formas por sí mismo en su cuerpo y pasa de una familia á otra. Contra él, como también contra los *exantemas* (el reumatismo articular, las fiebres, sobre todo las intermitentes y otras enfermedades), se encuen-

tran en los Vedas muchos exorcismos, conjuros, oraciones, fórmulas é himnos.

No obstante la creencia general de que todos los males son castigo de los dioses ofendidos, y de que la manera más eficaz de aplacar su enojo son las súplicas, las invocaciones y los sacrificios, no dejaban los aryas de conocer y de aplicar otros remedios curativos, especialmente del reino vegetal, que según los himnos antiguos, nadie conocía como Rudra, «el mejor de los médicos», y lo mismo sus hijos, los Marut.

No nos detendremos á citar los himnos antiquísimos que describen las penas de la madre que vela junto al lecho del hijo enfermo, ni las angustias y el dolor de la esposa al lado del lecho de su esposo, «blanco de la flecha de Vivasvant, el dios de la muerte». Pasemos á las creencias, usos y ritos relativos á la muerte, al entierro y á la vida futura de los antiguos indios aryas en la época védica más remota, para lo cual tenemos un himno del *Rig-Veda*, llamado comúnmente del «Entierro», porque los versos corresponden efectivamente á los diferentes momentos del sepelio de un varón casado. La viuda y los hijos que rodean el lecho de muerte, se lamentan de la pérdida del esposo y padre «que ha emprendido el camino á aquellas alturas serenas; camino que Yama, hijo de Vivasvant, pasó el primero y dejó abierto para los muchos que habían de venir después». Yama y su hermana Yami, cuyos nombres significan mellizo y melliza, son, según la tradición india, la primera pareja humana engendrada por Vivasvant, el dios Sol, y Saranyu, la nube distribuidora de benéfica lluvia, hija de Tvashhtar, el arquitecto y constructor plástico de la creación por encargo de los dioses. Vivasvant es en la mitología india también padre de Manu, el Noé de los indios-aryas y del cual descenden.

El cadáver ha sido conducido al sitio donde debe ser enterrado. Allí le supone el himno rodeado de las personas del séquito fúnebre que forman círculo junto á la tumba abierta, y á su lado la viuda y el que dirige la solemnidad, un cantor, quizás pariente del difunto y cabeza de familia. Como en todas las solemnidades de la vida, está encendido el fuego consagrado á Agni, no para comunicarlo á una hoguera que debe reducir á cenizas el cadáver, porque en aquella época el pueblo arya-indio enterraba sus muertos, sino para invocar en tan solemne acto, por la mediación del dios Agni, á las divi-

nidades Púshan, el dios Sol, pastor y guarda fiel de todas las criaturas, «guía infalible que todo lo ve y conoce», y á Yama, para que acuda con todos los Angiras (ángeles, seres bienaventurados) para hacerse cargo del difunto y tomar parte en el sacrificio. Después de invocar el cantor á estas divinidades, dirigía en varios verso su palabra á la Muerte, intimándola que pasase adelante no causando más víctimas, que dejase á los allí presentes, á los maridos é hijos, é invitaba á los vivos á gozar de la vida con intenciones puras y dignas del sacrificio ofrecido á los dioses.

Entretanto, el cantor ú otros habían colo-



Templo construido en una gruta de la montaña de Badami.

cado cerca de la tumba una piedra á manera de ficha divisoria entre los muertos y los vivos, y el poeta seguía cantando: «Planto esta piedra á fin de que ninguno de los que estamos vivos emprenda antes del tiempo aquel camino, sino que viva sus cien otoños completos. ¡Como los días y los tiempos que se suceden, así haz, oh creador, que se cumplan todos los períodos de su vida! ¡Alcanzad todos, uno tras otro, la edad senil, y Tvashtar, el creador de tantos seres nobles, os dé larga vida!»

Dicho esto entraban en círculo las mujeres amigas de la viuda, todas engalanadas, para echar en las llamas sus ofrendas y para llevarse de allí á la viuda, que con la muerte de su esposo había recobrado su libertad, y entonces quitaba el cantor el arco de la mano del difunto para devolver esta arma junto con la viuda á la vida activa y útil, y prorrumplía en su himno:

«Ved aquí las mujeres casadas, con la manteca derretida, engalanadas, acercándose, sin llanto ni duelo, al sepulcro. Levántate, pues, mujer, y vuelve á la vida. Ya expiró aquel á cuyo lado estás, que en otro tiempo te eligió por esposa y tomó tu mano. Ven, ¡tu matrimonio ha acabado! De la mano del muerto toma el arco para que sirva á la defensa de nuestro dominio y sea nuestra arma. Tú, difunto; allí está tu puesto, y el nuestro aquí, á fin de que, á fuer de buenos campeones, rechacemos victoriosos á todos nuestros adversarios!»

Luego se colocaba el cadáver en el hoyo, y el cantor dirigía la palabra al muerto y á Prithivi, la madre Tierra, diciendo: «Entra en el anchuroso seno de la madre común, Prithivi, que, virgen, hermosa y tierna, te conserve y te libre de la descomposición.» «Y tú, tierra abierta, sostenida por mil puntales, concédele esta morada chorreando grasa de las ofrendas, y que seas su abrigo hasta la consumación de los siglos.» Y dirigiéndose otra vez al difunto continuaba: «¡La tierra te rodee sólidamente; que pueda yo echar sobre ti los terrones; que nuestros mayores te sostengan y que Yama te prepare tu puesto allí!»

No explica el himno del entierro más de lo que hemos dicho respecto del sepulcro ó tumba. La madre Tierra tiene en adelante estrechamente abrazado á su hijo, según parece, depositado sin ataúd, pues el himno nada dice. Sólo los escritos Vedas del postrer período hablan de troncos de árboles vaciados que sirven de ataúd á los muertos. En cambio, se han encontrado, no en el Penjab, sino en el Mediodía de la India, en el distrito de Bombay, sepulcros en grandísimo número, semejantes á los llamados *dólmenes*, compuestos de piedras verticales que sostienen otra horizontal de grandes dimensiones y rodeados de otras colocadas en círculo alrededor, sin faltar debajo de las del centro esqueletos, urnas, útiles de piedras pulimentadas y vasijas de barro, de modo que no puede quedar duda sobre su objeto. Así, por arriesgado que sea, se puede indicar la probabilidad de que estos sepulcros fueron de los indios-

aryas á que se refieren los antiguos himnos de los Vedas.

En aquella época remota, el pueblo arya no conocía aún la bárbara costumbre de quemar á las viudas con los cadáveres de sus maridos. La viuda podía contraer segundas nupcias, conforme lo prueba el pasaje de un himno que habla de matrimonios de viudas con el hermano de su marido, y esto está, según hemos visto, en perfecta consonancia con la letra de las últimas estrofas del himno del entierro, y en general con el espíritu del pueblo aryo-indio en el período védico antiguo. La muerte era para aquellos aryas un huésped temido, y á pesar de ser el país de ultratumba, ó de Yama, morada de dioses y una nueva patria para los difuntos, la imaginación popular fué dando á Yama un carácter terrorífico, sin hacer de él un verdadero juez de los muertos como el Minos de los griegos, de cuyo fallo dependía la concesión de la inmortalidad en el otro mundo. Los indios aryas de aquella época védica conocían un cielo donde los muertos gozaban de una existencia llena de satisfacciones, pero no habían llegado todavía á imaginar un sitio de castigo, ó sea un infierno, para los malos. Del destino de éstos después de su muerte, sólo algunos pocos himnos dan un indicio vago, como el himno que dice que «los mentirosos y perversos han nacido para aquel sitio profundo»; y otro, en que el cantor suplica á Indra y Soma «que arroje á los malvados, á los gigantes y protervos al abismo sin fondo y á las tinieblas eternas». Algunos himnos piden á Varuna «que precipite en el sepulcro á los odiosos é ingobernables y á los ineptos para comprender la razón». Uno pide á Indra «que haga pasar á Raxas, el enemigo, á la obscuridad más profunda». Estos pasajes son contadísimos, y así y todo, muchos de los himnos que los contienen son de redacción muy posterior al período védico antiguo. En cambio, son muchísimos y bastante explícitos los pasajes que se refieren al cielo ó país de los dioses y bienaventurados, «donde Yama se recrea con los dioses á la sombra de un árbol de hermoso follaje, y anhela ver, como padre

del pueblo arya-indio, á los varones difuntos del mismo pueblo». Otro himno llama á los «piadosos, cantores de épocas pasadas, comensales de los dioses, á los cuales se manifestó radiante cuando con sus vigorosos cantos despertaban á Ushas, la aurora».

Los indios-aryas, como todos los pueblos en el primer período de su vida social, se habían creado un mundo donde se continuaba la vida como ellos la entendían y entreveían, exenta de las penalidades de la existencia terrestre; una vida futura más elevada, más serena, más radiante. Así creó la imaginación griega los campos Eliseos y la de los germanos el Valhalla. Para unos y otros, pero especialmente para los



Sala de templo abierta en la peña (Junagadh.)

aryo-indios, la muerte era el tránsito y la puerta por donde era preciso pasar para reunirse cada uno con sus antepasados, los ascendientes de la familia y de la tribu.

Organización del pueblo aryo-indio.

La familia primitiva es como un tronco del cual van brotando otras familias que se establecen alrededor de aquélla y forman al cabo de algunas generaciones una tribu. En el transcurso del tiempo se desprenden de ella otras tribus, que todas conservan entre sí lazos más ó menos estrechos de parentesco, idioma y costumbres. Si la raza posee ya los sentimientos de cariño y de gratitud y conserva la memoria de sus antepasados comunes, los lazos que unen las familias y las tribus son

duraderos, y dan lugar á la constitución de un pueblo que continúa unido y llega á ser poderoso á medida que se aumenta el número de los individuos, familias y tribus. Entonces se perpetúa en este pueblo la memoria de los individuos que más se distinguieron por su utilidad práctica, y que son más y más venerados por las generaciones sucesivas, á medida que éstas aprenden á conocer los beneficios que deben á sus mayores. Así, llegan éstos con el tiempo, y por efecto de los relatos orales, á ser personajes rodeados de una aureola mítica y sobrenatural, hasta que la tradición cariñosa y agradecida les da proporciones de divinidades.

Un pueblo de este carácter era el aryo-indio. Conservó y veneró cariñosamente la memoria del fundador de su raza, Manu, porque fué el primero que supo producir artificialmente el elemento vital y social por excelencia: el fuego. Este fué divinizado á su vez bajo su propio nombre Agni, la divinidad sin la cual no hay familia, ni colectividad, ni vida sedentaria posible. Otra divinidad primitiva, la de la tempestad terrible y benéfica, Indra, es venerada también. Manu, y por él Agni, Indra y las demás divinidades, forman el vasto lazo que une á todas las familias, tribus, castas y pueblos aryo-indios, no obstante las diferencias que la separación local y otras causas han introducido en las muchas ramas procedentes del tronco común de los aryas.

Los grupos de familias, ó sean las poblaciones, formaban simplemente reuniones de chozas más ó menos numerosas, ó sean caseríos y aldeas, que en sánscrito se llaman *grama* en los pocos himnos donde ocurre mencionárselas. «Allí—dice un himno—se ve brillar temprano, al despuntar la aurora, el dios Agni (el fuego de los hogares), el resplandeciente, el protector de las aldeas, donde dirige cariñoso los sacrificios de los hombres.» «A la aldea—dice otro himno—, cuando se aproxima al ocaso Savitar, el dios del día, regresan los ganados vacunos, como el varón esforzado vuelve al cuidado de sus caballos, la vaca lechera adonde está su ternero, y el marido al lado de su mujer.»

Como sucede aún hoy en las tribus salvajes de la India Posterior (la península indo-china ó de Malaca), había también poblaciones, caseríos ó chozas sueltas, con murallas ó cercas para evitar sorpresas de enemigos, ladrones ó fieras. Las cercas eran por lo general seto vivo de plan-

tas espinosas, cuya entrada se cerraba de noche. Aldeas de esta clase, en cuyo centro hay frecuentemente una torre ó fortificación donde los habitantes del lugar guardan sus objetos de valor, existen todavía en las estribaciones del Himalaya en el Norte del Penjab. Estas poblaciones se llaman en los Vedas *vriana* (de *vraya*, cerca; y *iana*, gente).

Un tercer nombre que se encuentra en los himnos con mayor frecuencia que los dos citados es *pur* (de donde se derivan el alemán *burg*, castillo, y el griego *polis*, ciudad amurallada organizada en comunidad), el cual significa lugar fuerte ó fortificado, donde guardaban los habitantes de la comarca sus cosechas, y donde ellos mismos se recogían con sus ganados durante el invierno, en las inundaciones ú otros tiempos calamitosos. Así es que los poetas llaman *pur* las nubes amontonadas que Indra rompe con sus rayos para que derramen sus benéficas aguas sobre la tierra. Las fortificaciones eran de tierra y madera, también las había de piedra y formadas naturalmente por las peñas, porque en un himno canta el poeta que Indra las hizo saltar, y en otro himno se habla de cien castillos de bronce guardados por las águilas de Indra.

Haciendo en estos y otros pasajes las concepciones más amplias á la exageración de los poetas, hay que admitir que en su época existían lugares fuertes y expresamente fortificados; pero también resulta que estos lugares eran solamente puntos de refugio y de ninguna manera ciudades amuralladas, que los aryas-indios de aquella época no conocían todavía. Castillos (*pur*) llama también un himno las cien haciendas de Sambara, que Indra destruyó menos una, la que regaló con todo lo que contenía á su amigo Divodasa Atitigva. Es de suponer que muchos de estos lugares fuertes llegaron á ser con el tiempo núcleos de verdaderas ciudades; pero sería inútil buscar huellas de tales lugares y fortificaciones, que eran demasiado débiles, cuando no hechos por la misma naturaleza, para resistir á la fuerza destructora del tiempo. Acaso muchos de estos refugios naturales eran cavernas de difícil acceso, ensanchadas y transformadas en el transcurso del tiempo por la mano del hombre para servir de albergue á numerosas poblaciones. De esto resultaron los vastos y admirables templos y colonias subterráneas de cebonitas, que hoy son la admiración de los

viajeros europeos. Mientras tanto los puntos fuertes de refugio en campo abierto se transformaron en los *topes* ó *stúpas* budhísticas, que en tan gran número y de tan diferentes dimensiones se encuentran en muchas partes de la India.

Al ver los templos colosales construídos en lo interior de las montañas, con sus columnas, paredes y techos labrados en la roca viva y cubiertos de esculturas, con galerías que conducen á otros templos y cavernas, como los de Badami, Iunagad, Karusá y tantos otros; al ver semejantes construcciones, en las cuales se han ocupado varias generaciones, venciendo inmensos obstáculos para crear moradas dignas de sus divinidades, se cree contemplar las obras de una raza de titanes. Estos monumentos que llenan de asombro, son obra de los descendientes de aquellos aryo-indios que vivían unos veinte siglos antes, luchando con los pueblos aborígenes de la India. Quizás aprovecharon las cavernas naturales (que después sus descendientes transformaron en templos), como fortalezas inaccesibles é inexpugnables, á las cuales aluden los antiquísimos himnos de sus poetas. Los primeros indios-aryas eran una raza guerrera, no obstante la veneración profunda basada más en la gratitud que en el terror que profesaban á sus divinidades y tuvieron que asociarse para rechazar á las tribus indígenas, ó ir á buscarlas en su territorio expulsándolas de él, ó reduciéndolas á la obediencia.

A estas asociaciones de varias colonias aryas contra el enemigo común parecen aludir muchos pasajes de antiguos himnos. Estas colectividades, para entenderse y proceder de común acuerdo, debían tener necesariamente cierta organización y hasta un jefe común, y esto está confirmado por muchísimos himnos que dan á diferentes divinidades el título de «rey de la población celeste y de la terrestre ó humana»: ó de «rey del mundo, de los pueblos activos del género humano, ante el cual se inclinan todas las comarcas, cuyo auxilio piden todos los países cuando con su vigor se muestra como señor de los establecimientos del hombre». En todos estos pasajes, el célebre Agastya, el poeta glorificador de Indra, emplea diversos nombres para designar pueblos, comarcas, tribus y grupos de familias, nombres difícilísimos de traducir con exactitud; pero hay razones que convencen de que todos estos nombres significan colectividades como las indicadas. Desde luego

resulta de los himnos védicos más antiguos, que los aryas sabían lo que eran pueblos numerosos, pues sus poesías mencionan una antiquísima colectividad de cinco pueblos, hasta el punto de que usan este nombre de «cinco pueblos» cuando quieren indicar una multitud muy grande, innumerable y aun la humanidad entera.

Respecto del gobierno ó jefatura de las colectividades pequeñas y grandes, encontramos mencionados en los himnos los *gramani*, como jefes de los hombres de armas de una aldea ó comunidad, y los *viçpati*, que dirigían la comarca, llamados también «cabezas de la colonia», y que eran los más ancianos de la tribu ó población del distrito. El jefe ó señor de varias comarcas se llamaba en los Vedas *viçampati*, calificativo que se da también en los himnos á Agni é Indra, y que viene á ser equivalente á *radya* ó rey, otro título antiquísimo que los himnos dan á muchas divinidades.

Cuando los antiguos aryas usaban este título y sus atributos, es evidente que les eran familiares y que existían entre ellos reyes terrenales con atribuciones análogas. En efecto, en algunos himnos se llama al rey de comarcas ó tribus «guarda y pastor (*gopa*) del pueblo, que le ha elegido, que le sostiene en su cargo y le obedece». El cargo de rey, de regente ó director era electivo y también hereditario dentro de ciertos límites, según se deduce de los himnos que citan muchas genealogías de reyes de diferentes pueblos, comarcas ó tribus. El respeto que los aryas tenían á la tradición (que en aquella época se formaba pronto), y la necesidad de un jefe en el estado de guerra permanente en que se hallaban con los pueblos indígenas, facilitaban la transmisión de la jefatura de padre á hijo, en la inteligencia de que esta jefatura se adquiría y se consolidaba en las guerras.

Entre estos jefes se destaca uno celebrado en varios himnos, «que cual otro Indra dispersa las huestes unidas del enemigo; que procura abundante botín; cuya amistad buscan los poetas; que victorioso, se apodera de los ganados vacunos, del oro y de multitud de caballos; que vence los obstáculos y defensas detrás de los cuales se parapeta el enemigo; que es entre sus campeones el más varonil; que reparte entre todos los que con él van grandes bienes; que sabe encontrar riquezas; que es (como dice otro himno), un toro, que codiciando las vacas del enemigo penetra en los apriscos de los otros